

*LUIGI PIRANDELLO*

# LA TINAJA

## Título del original italiano: *La Giara*

Traducción de Wilfredo Giménez

**Agradecimiento:** Con la presente obra ofrecemos una primera edición en lengua castellana, que ha sido facilitada gentilmente por Ediciones Louange, que posee la exclusividad de los derechos de autor y que la dará a conocer el próximo año en su colección teatral, juntamente con "La morsa" y "La salida".



Luigi Pirandello (1876-1936) es, sin duda, el dramaturgo más destacado de la Italia del siglo xx.

Su obra es una curiosa mezcla de realismo, originalidad, ironía, efecto dramático. Su filosofía del teatro, en su caso también una filosofía de la vida, elimina frecuentemente la realidad estable —la verdadera identidad— de uno o más personajes como seres humanos y coloca a veces en primer plano la maqueta de la dramaturgia, casi como si fuera ésta una finalidad en sí. La obra que primero llamó la atención fue *Il fu Mattia Pascal* (1904), que preparaba el terreno para otra de sus originales producciones. Entre las primeras de gran éxito figuran *Pericoli, Giocomeo* (1914), que establece ya situaciones típicamente pirandellianas. Más tarde dio a conocer *Tutto per bene* (1920) y otras. Escéptico en cuanto al teatro realista, así como crítico de la sociedad y de la personalidad fija que impone a los individuos, alcanzó fama internacional con *Sei personaggi in cerca d'autore*. Con esta obra quiere demostrar Pirandello que el teatro y la realidad no pueden encontrarse de verdad sin destruirse mutuamente.

De él dice Boncompagni: "... tiende a ser, en el fondo, sincero, cálido; a distinguir la realidad de la apariencia, lo verdadero de lo falso, el odio del amor, a escoger el momento en que estos elementos opuestos coexisten y se complementan, ese momento que es la vida misma en su devenir". Honrado con el Premio Nobel de Literatura en 1934, no dejó de escribir hasta su muerte, acaecida en 1936. Murió siendo uno de los dramaturgos más respetados del siglo.



# LA TINAJA

## PERSONAJES

DON LOLO ZIPARA.

El tío DIMA LOCARI, compositor de porcelanas y cerámicas.

ABOGADO SOLARÉ.

La MADRE TANÁ.

PARI PÉ, peón de granja.

TRUZZA, CARMEN, campesinas, cosechadoras de aceitunas.

Un moletero.

NOCIARELLO, muchacho de 11 años, campesino.

La campiña siciliana en nuestros días.

## DECORADO

Una plazaleta arbolada, delante de la casa de Don Lolo Zipara, en lo alto de la colina. A la izquierda, la fachada de la casa, rústica, de un solo piso. La puerta, de un rojo desvaído, está en el medio. Encima de la puerta hay un pequeño balcón; dos ventanas, arriba y abajo; la de abajo con barrotes. A la derecha un olivo retorcido y nudoso; un banco de piedra y cemento lo cifre en todo su contorno.

Más allá del olivar, la plaza se continúa por un sendero que desciende. Al fondo, otros olivos. Octubre.

Al levantarse el telón, PARI PÉ está escuchando el cantar de las mujeres, que suben por el sendero de la derecha con los cestos repletos de aceitunas en la cabeza o apoyados en la cadera. De pie sobre el banco que rodea el olivo, los grita:

PARI PÉ. — ¡Ó ché! Cerraduras sin llave... ¡Y tú, mocoso, despachar por ahí!... ¡Cuidado con la carga, oraciones de Dios!

(Las mujeres y NOCIARELLO suben por el sendero y dejan de cantar.)

TRUZZA. — ¿Qué te pasa, Pari Pé?

MADRE TANÁ. — ¿Usted también aprendió a jurar?

CARMEN. — Pronto hasta los olivos se van a poner a maldecir en este valle.

PARI PÉ. — ¿No pretenderán que las deje sembrar las aceitunas por el sendero?

TRUZZA. — ¿Sembrar las aceitunas? ¡Yo no he dejado caer ni una!

PARI PÉ. — ¡Si don Lolo, Dios las libre y guarde, hubiera salido al balcón!...

MADRE TANÁ. — Puede quedarse en el balcón de la mañana a la noche... Cuando uno cumple con su trabajo no tiene nada que temer.

PARI PÉ. — ¡Sí, sí, con todas cantando nariz al viento!

CARMEN. — ¿Qué? ¿Ahora tampoco se puede cantar?

MADRE TANÁ. — ¡Pero no! Sólo se puede jurar y blasfemar... Cualquiera día que han hecho una apuesta entre el arno y el criado a ver quién los muela más gruesos.

TRUZZA. — ¡Yo no comprendo cómo Dios todavía no ha fulminado su casa y su olivar!

PAPI PÉ. — ¡Vamos, hasta, lenguas de víboras!... ¡Vayan a descargar sus accionetas y basta de charla!

CARMEN. — ¿Continuamos cosechando?

PAPI PÉ. — ¿Acaso es feriado para cesar el trabajo? Todavía hay luz como para dos viajes, por lo menos. ¡Vamos, vamos, rápido!

(Empuja a las mujeres y a NODAZULLO. Una de ellas, al salir, retoma la cascida con evidente propósito de fastidiarlo.)

PAPI PÉ (Se vuelve hacia el balcón y llama.) — ¡Don Lolo!

DON LOLO (Desde adentro). — ¿Qué hay?

PAPI PÉ. — Quiero recordarle que las mulas con el estiracol ya están aquí.

DON LOLO (Sale furioso. Es un hombre corpulento, de unos cuarenta años, con ojos de lobo desconfiado, irascible. En la cabeza, un viejo sombrero blanco de ala ancha. Anillos de oro en las orejas. Sin chaqueta, viste una camisa marrón a cuadros, abierta sobre el pecho velludo, las mangas arrolladas.) — ¿Las mulas? ¿A esta hora? ¿Dónde están? ¿A dónde las han llevado?

PAPI PÉ. — Están aquí, quédese tranquilo... Dígame si las hago descargar. ¿Y dónde?

DON LOLO. — ¿Dices descargar? ¿Sin que yo haya visto siquiera qué es lo que me traen?... En este momento no puedo, estoy hablando con el abogado.

PAPI PÉ. — ¡Ah, sí! ¿Por lo de la tinaja?

DON LOLO (Mirando de arriba abajo). — Dime, ¿quién te ha nombrado sargento?

PAPI PÉ. — Nadie... sólo quería decir...

DON LOLO. — No tienes nada que decir, sólo obedecer. ¿Quiéras saber por qué razón ha germinado en tu cabeza que estoy hablando de la tinaja con el abogado?

PAPI PÉ. — Porque usted no se puede imaginar en qué estado de terror vivo por culpa de esa tinaja nueva, viéndola expuesta allí, al aire. (Hace un gesto hacia la izquierda, en dirección de la granja.) ¡Sáquela de ahí de una vez, por lo que más quieras!

DON LOLO (Gritando). — ¡No y no! Te lo he dicho cien veces. Se queda ahí donde está. ¡Y que nadie la toque!

PAPI PÉ. — Con ese ir y venir de mujeres y chicos... ¡Y tan cerca de la puerta!

DON LOLO. — ¡Por la sangre de Cristo! ¿Te has propuesto hacerte perder la cabeza?

PAPI PÉ. — Con tal que no pase nada malo...

DON LOLO. — No quiero que me vengas con otras discusiones cuando estoy metido en una con el abogado. ¿Dónde diablos quieres que ponga esa tinaja? ¿En la bodega? No hay sitio si no se saca antes el viejo tonel, y yo no tengo tiempo de ocuparme.

(De la derecha viene el MULATERO.)

MULATERO. — Bueno... ¿Y dónde debo descargar el estírcol? Pronto será de noche...

DON LOLO. — ¡Ah, estás ahí! ¡Ojalá San Alonso te rompa la nuca a ti y a tus mulas! ¡Estas son horas de venir?

MULATERO. — No puede venir antes.

DON LOLO. — Pues yo nunca compro gatos embobados. Quiero ver bien qué es lo que me has traído y que me descargues el abono en pequeñas montones a lo largo de los olivos, como yo te diré. Y a esta hora es demasiado tarde.

MULATERO. — Pues yo le digo, don Lolo, que descargo en cualquier parte y me voy.

DON LOLO (*Desafiante.*) — ¡Inténtalo! ¡Quiero verte!

MULATERO. — Pues me verá en seguida.

(*Se encamina furioso hacia los animales.*)

PARA FÉ (*Reteniéndolo.*) — ¡Vamos, hombre, calma!

DON LOLO. — Déjalo hacer.

MULATERO. — Si usted es serio, yo lo soy más aún. No hay nada que hacerle. Con usted, cada negocio es una pelea.

DON LOLO. — Querido amigo, conmigo está esto. ¡Mira! (*Saca del bolsillo un librito flexible, encuadernado en rojo, que pone ante sus ojos.*) ¿Sabes lo que es esto? ¿Pensarías que se trata de un misal? No, es el Código Civil. Me lo regaló mi abogado, que se encuentra pasando una temporada aquí. He aprendido a leer en él, ¿sabes? Es este un precioso librito; ahora, nadie podrá envolverme nunca más. Nadie. ¡Ni el mismo Dios Padre! Todo está previsto aquí dentro, un caso tras otro, y en cuanto al abogado, yo lo pago por año.

PARA FÉ. — Justamente, ahí viene.

(*Por la puerta de la casa sale el abogado Sciaté, con un viejo sombrero de paja y un diario desplegado.*)

Sciaté. — ¿Qué pasa, don Lolo?

DON LOLO. — Doctor, este marrullero llega de noche con sus mulas a traerme el estírcol para mi sembrado, y en lugar de disculparse...

MULATERO (*Tratando de interrumpirlo, se vuelve hacia el abogado.*) — Ya le dije que no puede venir más temprano.

DON LOLO. — Él me amenazó...

MULATERO. — ¿Yo? ¡Pero no es cierto!...

DON LOLO. — Sí, tú; me amenazaste con descargarlo en cualquier parte, detrás de la pared...

MULATERO. — Pero fué porque usted...

DON LOLO. — ¿Yo, yo qué? Quiero que sea descargado en el lugar, como se debe, en montones bien iguales...

MULATERO. — Entonces, ¿por qué no viene usted? Todavía quedan dos buenas horas de luz. (*Al abogado.*) Señor abogado: lo que pasa es que él quisiera revisar cosas por costra... Si usted lo conociera...

DON LOLO. — Deja al abogado tranquilo. Está en la casa para defender mis plénes, no los tuyos. (*Al abogado.*) No le haga caso, doctor. Váyase por ese sendero, como de costumbre. Siéntese a la sombra de las mocteras

y lee tranquilamente su diario. Volveré más tarde y seguiremos hablando de la tinaja. *(Se vuelve hacia el mulatero.)* Vamos, ¿cuántas mulas me trajiste?

*(Se encamina hacia la derecha, hablando con el MULATERO.)*

MULATERO *(Siguiéndolo.)* — ¿No arreglamos que trajera doce? Pues

*(Sale don Lolo hacia detrás de la granja. El abogado SENAÉ levanta los brazos al cielo y los agita en el aire.)*

*levanta los brazos al cielo y los agita en el aire.)*

SENAÉ. — ¡Ay! Mañana al alba regreso a mi casa. Esto es una tortura.

PAPE PÉ. — Don Lolo no puede dejar en paz a nadie. Y su señoría le ha hecho una calaridad de regalo con ese Código Civil de bobillo. A la menor discusión grita: "¡Ensilámme la mala!"

SENAÉ. — Para ir al pueblo al galope, irrumpí en mi estudio y hacerme girar en redondo, como en un tambo. Es por eso, joven, que le regalé el Código, para que lo saque del bobillo y lo consulte él mismo. Mientras, eso voy ganando de paz. *(Suspira.)* Sólo el diablo pudo hacerme aceptar una semana de permanencia aquí. Cuando don Lolo supo que el médico me había ordenado un día de reposo en el campo, me atorcenecó hasta que acepté su hospitalidad. Yo puse como condición que no se hablara de pleitos. Pero en estos cinco días me ha llenado la cabeza con la historia de una tinaja, de no sé qué tinaja. . .

PAPE PÉ. — Sí, doctor, la gran tinaja para el aceite de oliva. La que trajeron de San Esteban de Camastra, de la fábrica misma. Es hermosa, alta hasta el pecho de un hombre y gorda como una abadema. ¿Acaso está pensando ponerle pleito al ceramista de allá?

SENAÉ. — Naturalmente. Don Lolo pretende que se la han hecho pagar cuatro onzas y que esperaba fuera más grande.

PAPE PÉ. — ¿Más grande, todavía?

SENAÉ. — No me habla de otra cosa desde hace cinco días. *(El abogado se dirige hacia el sendero de la izquierda, pero se vuelve hacia PAPE PÉ.)* ¡Ah!, pero mañana, adiós, adiós. . .

*(Se oye a lo lejos el grito del Tío DUMA LIBANI: "¡Arregle locas y porcelanitas!". Por el sendero de la derecha entran TARRARA y FILLICO; traen una escalera y cestos de paja, de los que se usan para coschar (trufar.)*

PAPE PÉ *(Al oírlos.)* — ¡Ajá! ¿Ya no cocogen más?

FILLICO. — Orden del patrón; tiene que pasar con las mulas.

PAPE PÉ. — ¿Y él les ha dicho que se vayan?

TARRARA. — No. Dijo que lo esperemos aquí, para hacer no sé qué en la bodega.

PAPE PÉ. — Para sacar el viejo tonel, seguramente.

FILLICO. — Sí, para hacerle lugar a la tinaja nueva.

PAPE PÉ. — ¡Ah, bueno! Me alegro que me haya escuchado una vez. Vengan conmigo. *(Sale hacia la derecha con ellos; cuando entran, desde la parte de atrás de la granja llegan TRINUELA, MADRE TAMÁ y GARDEN, con sus cestos vacíos.)*

MADRE TAMÁ *(Viendo a los hombres.)* — ¿Terminaron de sacudir los olivos?



PARI PÉ. — Terminaron... por hoy.

TRIDUEÑA. — Y nosotros, ¿qué hacemos?

PARI PÉ. — Esperen que regrese el patrón; él les dirá.

CARMEN. — ¿Girando los pulgares?

PARI PÉ. — ¿Qué quieren que les diga? Vayan a poner un poco de orden en el granero.

MADRE TAMÁ. — Dile que los hombres terminaron de sacudir los árboles y las mujeres quieren saber qué hacen ahora.

NOCHIARILLO. — Bien, voy. *(Sale a la carrera por el sendero de la derecha. Regresan a la escena por la izquierda, uno tras otro, FILICHO, TABARA y PARI PÉ.)*

FILICHO. — ¡Santa Virgen, ayúdanos!...

TABARA. — Se me ha helado la sangre en las venas...

PARI PÉ. — ¡Qué desgracia!... ¡Qué fatalidad!

LAS MUJERES *(Todas juntas.)* — ¿Qué ha pasado?

PARI PÉ. — ¡La tinaja!... ¡La tinaja nueva!...

TABARA. — ¡Se rompió!

LAS MUJERES *(Todas juntas.)* — ¿La tinaja? ¡Virgen santa!

FILICHO. — ¡Partida en dos! Como si le hubieran dado con un hacha...

MADRE TAMÁ. — ¿Es posible?

TRIDUEÑA. — ¿Alguien la tocó?

CARMEN. — Nadie... ¡Ay! Ahora habrá que oírlo a don Lolo.

TRIDUEÑA. — ¡Se va a poner como loco!

FILICHO. — Yo me lavo las manos. Me voy...

TABARA. — ¿Qué? ¿Te vas? ¡Idiota! Don Lolo te acusará de haberla roto. Se quedan todos: nadie se mueva. Y tú *(a PARI PÉ.)*, ve a llamarlo. No, mejor, llámalo desde aquí.

PARI PÉ *(Subido sobre el banco de piedra que rodea el olivo.)* — ¡Don Lolo!... ¡Eh, don Loloco! *(A los otros.)* No me oye; está gritando como un loco junto a las mulas. ¡Don Loloco! Es inútil, vale más ir a buscarlo.

TABARA. — Bueno, pero, ¡en nombre del cielo!, no le vaya a despertar sospechas...

PARI PÉ. — No teman. A conciencia, no podría acusarles. *(Sale a la carrera por el sendero.)*

TABARA *(A todos.)* — ¡Atención!... Todos de acuerdo. Para enfrentarlo hay que insistir en eso: ¡la tinaja se rompió sola!

MADRE TAMÁ. — Ya ha sucedido otras veces.

TRIDUEÑA. — ¡Claro que sí! Las tinajas nuevas muchas veces se rajan solas.

FILICHO. — Porque a veces sucede que durante la cocción una chipsa ~~caída, voltiéndose, cae en el agua y se cocinó la tinaja al enfriarse.~~ estalla como un pistoletazo.

CARMEN. — ¡Ahí vienen! *(Se hace la señal de la cruz.)* ¡Dios nos proteja!

*(Se oye desde el interior la voz de don Lolo, luego la de PARI PÉ.)*

Voz de DON LOLO. — ¡Quiero saberlo todo!

FARI PÉ. — Nadie. Nadie la tocó. ¡Puedo jurárselo!

(*Por el sendero aparecen don LOLO, furioso, pálido; lo siguen FARI PÉ y NUCIABILLO.*)

DON LOLO (*Se lanza primero contra TARARA, luego contra FILLICO, romdiéndoles de la ropa y cascándolos.*) — ¿Fuieste tú? ¿O tú? ¿Quién fué? Tiene que haber sido uno de ustedes dos... ¡Pero le juro por Dios que me la pagarán!

TARARA y FILLICO (*Los dos juntos, abalanzándose.*) — ¿Yo? ¿Está loco? ¡Saldóme...; fuera las manos o...!

TODAS LAS MUJERES JUNTAS. — ¡Se rompió sola! Nadie tiene la culpa. La encontramos rota.

FARI PÉ. — Ya se lo dije y se lo repito.

DON LOLO (*Encarándose furioso, ya con uno, ya con otro.*) — ¡Ah, sí claro, yo estoy loco y ellos son unos corderitos! "¡Se rompió sola!" ¡Ustedes me la van a pagar entre todos! ¡Vayan, tráigamla aquí!

(FARI PÉ y FILLICO corren a buscar la tinaja.)

"LOCO" LOLO. — "A' mí sur se ve'a' mí' nan' ados' ingun' gúpe." "i' a' de ca, voy a recoger al que sea. ¡Me la pagarán como que son hombres y mujeres!

LAS MUJERES (*Todas juntas.*) — ¿Quién, nosotras? ¡Usted delira, don Lolo! ¡Pretende hacernos responsables a nosotras también? Ni siquiera la hemos mirado.

DON LOLO. — No habría entrado y salido por el aire, supongo.

TREBUZA. — ¡Eso es! La rompimos al rotarla con nuestras faldas. (*Toma su pollera y la agita como un abanico. Mientras, FARI PÉ, TARARA y FILLICO regresan trayendo la tinaja, partida en dos.*)

MADRE TANÁ. — ¡Qué lástima! ¡Mírela, don Lolo!

DON LOLO (*Lamentándose como ante un hijo muerto.*) — ¡La tinaja nueva; cuatro onzas de tinaja! ¿A dónde voy a poner el aceite del año? ¡Oh, mi hermosa tinaja! ¿Qué miserable envidioso te golpeó? Cuatro onzas tiradas al río... Y tiene que ser justamente ahora, en el año de las aceitunas... ¡Ah, mi Dios! ¿Qué va a ser de mí?

TARARA. — Pero no, no, mire...

FILLICO. — Se la puede arreglar.

FARI PÉ. — Está rota en dos partes, nada más...

TARARA. — Sí, solamente en dos pedazos.

FILLICO. — Y es una rotura esta.

TARARA. — Tal vez estaba agrietada...

DON LOLO. — ¿Agrietada? Sonaba como una campana...

FARI PÉ. — Es cierto, yo hice la prueba. (*Pausa.*)

FILLICO. — Igual quedará como nueva, si usted me hace caso. Déjala a un buen lafiador y usted mismo no podrá encontrar el lugar de la soldadura.

TARARA. — Haga llamar al tío Dima, Dima Licasi. Debe andar cerca. Hace un ratito no más dímos su pregón.

MADRE TANÁ. — Es un buen artesano, fino. Tiene un mastic mila-

grosso, que desfiló hasta el martillo, cuando ha tomado bien. (A NOCIARILLO.) Corre NOCIARILLO; está junto al cercado de Mosa. Ve a buscarlo.

DON LOLO (Gritando.) — ¡Basta, basta ya! Estoy aturdido. No creo en milagros. Para mí, la tinaja está perdida.

PAU FÉ. — Yo le previno...

DON LOLO (Cada vez más furioso.) — ¿Qué me previenen, idiota? ¿Se olvidaron de la tinaja? ¿Se olvidaron de que, aunque la hubiera gastado en un tabernáculo, se hubiera roto lo mismo.

TABARA (Terminando las conclusiones de DON LOLO.) — ¡Es claro! No digan pavadas...

DON LOLO. — ¡Ese imbécil será mi condena!

FILICHO (Conciliador.) — Cállese. Usted verá que todo se arregla con unas pocas liras. ¿Y quién no sabe que un cántaro cascado dura más tiempo que uno nuevo?

DON LOLO (Golpeándose la frente.) — ¡Diables, tengo las manos descargando el estiércol! (A PAU FÉ.) ¿Y tú te quedas ahí, mirándome el blanco del ojo? Rápido, ve a echar una ojeada, por lo menos.

(PAU FÉ sale como una ráfaga por el sendero.)

DON LOLO. — ¡Ah! Mi cabeza va a estallar. ¿Qué viejo Dima, mi viejo Dima!... Con el abogado es con quien debo hablar. Porque si se ha roto sola, era que tenía un defecto. Sin embargo sonaba como una campana al golpearla con el dedo; yo la probé cuando llegó y la encontré perfecta. ¿Cuatro onzas al río! Ya puedo hacerles la cruz.

(Por la izquierda entra DIMA, seguido por NOCIARILLO.)

FILICHO. — Ah! lo tiene... el Tío Dima... (DIMA y DON LOLO se quedan mirándose.)

TABARA (En voz baja a DON LOLO.) — Usted sabe... apenas habla.

MARCA TAPÁ (Misteriosa.) — El viejo habla muy poco.

DON LOLO. — ¡Ah, sí! (Al viejo DIMA.) ¿Y tampoco acostumbra a saludar cuando se presenta?

DIMA. — ¿Necesita de mi salud o de mi trabajo? Creo que del trabajo, ¿no es así? Dígame qué hay que hacer y lo haré.

DON LOLO. — Puesto que "hablar" le cuesta tanto esfuerzo, ¿por qué le exige ese esfuerzo a los demás? ¿Ya está viendo lo que tiene que hacer! (Le muestra la tinaja.)

FILICHO (Conciliador.) — Componer esta hermosa tinaja, viejo Dima, con su famoso cemento.

DON LOLO. — Estos pretenden (reñista a los demás), que es casi milagroso... ¿Lo prepara usted mismo?

(El viejo DIMA levanta la vista de la tinaja, lo mira y sin responder se inclina junto a las mitades de la enorme tinaja.)

DON LOLO. — ¡Conteste, hombre! A ver ese cemento.

TABARA (En voz baja a DON LOLO.) — ¡Si le habla en ese tono no conseguirá nada de él! No se lo mostrará, no se lo deja ver a nadie... es muy desconfiado!

DON LOLO. — Pero, ¿qué se cree que es? ¿La bestia consagrada! (A DIMA.) Dígame por lo menos si usted cree que una vez compuesta

la tinaja quedará como antes... (DIMA pone en el suelo su canasto y saca un pañuelo de algodón azul todo ensudado.)

DIMA (Digno.) — ¿Así, en seguida? Yo no creo más que lo que veo. Un poco de paciencia, pura. (Se sienta en el suelo y comienza a desatar nudos de su pañuelo. Todos miran con curiosidad.)

MARRA TAMÍ (Bajo, a DON LOLO.) — Eso debe ser el cemento.

DON LOLO. — Siendo una ola de rabia que me sube aquí. (Señala el estómago.) (Al final del envoltorio aparece un par de lentes, cuya patilla está entablillada.)

TODOS JUNTOS. — ¡Oh! ¡Son sólo los lentes! ¡Los lentes! ¡Nosotros creíamos que era el cemento! (DIMA, mientras limpia sus lentes con la punta del pañuelo, examina la tinaja, pasa el dedo por los bordes. Por fin dice:)

DIMA. — Quedará bien.

DON LOLO (Irónico.) — ¡Ah, menos mal!... El tribunal ha pronunciado su veredicto. Pero yo le advierto que por muy sólido que sea su cemento a mí no me basta. Quiero que también le ponga unas lañas. (El viejo DIMA lo mira, ensucios sus anteojos en el pañuelo y los pone con rabia en el canasto sin decir palabra.) Y bien, ¿qué hace?

DIMA. — Me voy.

DON LOLO. — Grandísimo cerdo, ¿dónde se cree usted que está?

FILICCO (Reteniéndolo.) — ¡Vamos, do DIMA, paciencia!

TABARA. — ¡Déle el gusto al patrón! ¿Qué le cuesta?

DON LOLO. — ¡Vean ustedes ese aire a lo Carlomagno! (A DIMA.) ¡Miserable engendro! Pienso llenarlo de aceite, ¿entiende? Con semejante rotura y cemento solamente no aguantará: sacio las lañas.

DIMA. — ¡Todos son iguales! ¡Ignorantes! ¡Ya sea un cincaro, una ola o una taa... todos piden laña. Les ofrezco lo mejor y nadie quiere aprovechar. ¿Por qué he de renunciar a hacer un trabajo fino y dentro de las reglas del arte? (Se acerca a DON LOLO.) Escúcheme bien: si esta tinaja suena de nuevo como una campana con el cemento solamente...

DON LOLO. — ¡Ya le dije que no! (A TABARA.) Yo no puedo entenderme con ese pajarraco... ¡Y tú dijiste que habla poco! (A DIMA.) Inútil discutir... Si todo el mundo prefiere las lañas debe haber alguna razón...

DIMA. — ¡Ninguna razón, simplemente ignorancia!

TABARA. — Yo también... será por ignorancia... pero creo que hacen falta las lañas...

TRUZZA. — Claro, sujetan mejor.

DIMA. — Pero hacen agujeros. ¡No es tan difícil de entender, me parece! Para cada laña dos agujeros. Veinte lañas, cuarenta agujeros. Mientras que con el cemento solo...

DON LOLO. — ¡Qué cabeza, mi Dios! ¡Es más terco que una mula! (A DIMA.) Aunque hagan agujeros, yo quiero lañas. Y soy el dueño, ¿no es verdad? (Se vuelve hacia las mujeres.) Y bien, vamos... Eh, ustedes lleven las aceitunas al granero. (A los hombres.) Y ustedes a la bodega, saquen el tonel viejo. (Los empuja hacia la granja.)

DIMA (A DON LOLO.) — Oiga usted.

DON LOLO. — Hablaremos cuando el trabajo esté concluido. No tengo tiempo para perderlo con usted.

DIMA. — No me deje solo... Necesito que alguien me ayude a sostener los pedazos. ¡La tinaja es enorme!

DON LOLO. — Ah, entonces... (A TARARA.) Tú quédate... (A FILIHO.) Y tú ven conmigo.

(Se va con Fillico. Las mujeres y Nociarello ya han partido. El viejo DIMA se pone a trabajar de mala gana. Saca el taladro de su cinto y comienza a hacer agujeros a los lados de la rajadura.)

TARARA (A DIMA.) — Felizmente se ha tomado así. Casi no puedo creerlo... espérala por lo menos el fin del mundo... No se haga mala sangre, Tío DIMA. Si quiere latas, ¡póngale veinte, treinta! (El viejo DIMA lo mira.) ¿Y por qué no más? ¿Treinta y cinco? ¿Total? (El viejo DIMA lo mira otra vez.)

DIMA. — ¿Ves el taladro?... ¿Ves con qué delicadeza lo maneja? Y sin embargo, parece que me taladrara el corazón.

TARARA. — Dígame, ¿es cierto que encontró la receta de su cemento en sueños?

DIMA (Siempre trabajando.) — Es cierto, en sueños.

TARARA. — ¿Y quién fue el que se le apareció en sueños?

DIMA (Siempre trabajando.) — Mi padre.

TARARA. — ¡Ah, su padre!... ¿Se le apareció y le enseñó cómo había que preparar el cemento?

DIMA. — ¡Mameluco!

TARARA. — ¿Yo? ¿Por qué?

DIMA. — ¿Sabes quién es mi padre?

TARARA. — ¿Quién es?

DIMA. — El Diablo mismo, que un día te devorará.

TARARA. — Entonces, ¿usted es hijo del Diablo?

DIMA. — Y en el cinto tengo resina para pegar a unos con otros.

TARARA (No muy tranquilo.) — ¿Es una pasta negra?

DIMA (Siempre con la cinta en el trabajo, pero con voz misteriosa.) — No, es blanca. Mi padre me enseñó a prepararla blanca. Ya conoces su poder cuando te llegue la hora de hervir dentro. Si acercas dos dedos no puedes separarlos más, y si yo acerco tu nariz a tu labio... (Saca la mano y le repulga el labio hacia arriba, acercándolo a la nariz) te quedas de abstinio toda la vida.

TARARA. — ¿Y cómo es que usted la toca y no le hace nada?

DIMA. — ¡Infelice criatura! ¿Alguna vez viste que el perro mordiera al amo? (DIMA se pone de pie, arroja su taladro.) Ven aquí... (Le hace sostener el pedazo ya agujerado.) Sostén esto. (Saca una caja de latón blanco del baúlito, la abre y toca con el índice en una especie de goma blanca.) Mira, ¿acaso se parece a algún otro cemento? (Entira la pasta a todo lo largo de los bordes de los dos pedazos.) Con tres o cuatro dedos de esto ya verás. Sujétala bien fuerte... voy a meterme en la tinaja...

TARARA. — ¿Para qué?

DIMA. — Si quieren que ponga lañas, al menos las pondré por dentro. Espere... *(Toca del canto un correfol de alambre y una tenaza. Toma uno y otra y se instala en una mitad.)* Tú espera que yo me ubique bien adentro... levantas la otra parte y la aplicas a ésta... suavemente, pero que junte bien... *(TARARA lo va haciendo a medida que DIMA habla y lo encierra adentro de la tinaja.)* Ahora puedes tirar todo lo que quieras, ¡y eso que no hay lañas todavía! ¿Ves? Ya no se separan más. Harían falta diez pares de bueyes para despegarla... Puedes ir a decirselo a tu patrón.

TARARA. — Pero, tío Dima, ¿está seguro de que ahora podrá salir de la tinaja?

DIMA. — ¿Cómo no? Yo puedo salir de cualquier tinaja.

TARARA. — ¡Es que pareciera que ésta tiene una abertura tan chica! *(Por el lado de la derecha regresa PARI PÉ.)*

DIMA *(Desconcertado.)*. — ¡No puedo salir!

TARARA *(A DIMA.)*. — Suavemente... Espere... ¿A ver de costado?...

PARI PÉ. — El brazo... saque un brazo primero... *(DIMA saca un brazo y la cabeza, pero no puede salir.)*

PARI PÉ. — ¡Con tremenda panza y una boquita ridícula!

TARARA. — Sería gracioso que después de haberla arreglado no pudiera salir... *(Ríe.)*

DIMA *(Indignado.)*. — ¿Te parece que es para reír? Dios, ayúdame a salir de acá.

PARI PÉ. — ¡Espere! Veamos si volcándola...

DIMA. — ¡No, no! Es la espalda la que tropieza.

TARARA. — ¡Ahí está la cosa! Es que usted tiene un hombro más ancho que otro.

DIMA. — ¿Yo? ¿Ahora soy yo el defectuoso? Recién díjate que la tinaja tenía una abertura muy pequeña.

PARI PÉ. — ¿Y ahora qué hacemos?

TARARA. — ¡Ésta sí que es buena! *(Ríe.)* *(Sale corriendo hacia el granje llamando.)* ¡Fillico!... ¡Madre Taná!... ¡Triduzza!... ¡Carminec! Vengan, vengan todos! ¡El tío Dima no puede salir de la tinaja! *(Llegan por la derecha los sembrador y NOCIARELLO.)*

LAS MUJERES y NOCIARELLO. — ¡En la tinaja! ¡Ay, qué risa! No puede salir. ¡De veras, no puede! *(Ríen.)*

DIMA *(Al mismo tiempo que los otros, pero como un gato rabioso.)* — ¡Séquenme de aquí! ¡Toma ese martillo que está en la canasta!

PARI PÉ. — ¡El martillo? ¡Está loco? ¿Sin que el patrón lo autorice? *(Don Lolo llega por la derecha. Las mujeres le salen al encuentro.)*

FILICO. — El tío Dima quedó encerrado dentro de la tinaja... No puede salir.

DON LOLO. — ¿En la tinaja?

DIMA. — ¡Socorro! ¡Socorro!

DON LOLO. — ¿Y cómo puede socorrerlo, viejo imbecil? ¡Hubiera tomado la medida de su joroba antes de entrar! *(Todos ríen.)*

MAMA TAMA. — ¡Qué lío, pobre tío Dima!

FELIJO. — ¡Es un minuto!

DON LOLO. — A ver, prueba sacando un beso primero...

FELIJO. — Es inútil, ya ensayamos de todos modos.

DON LOLO. — ¡Paciencia! Ensayemos otra vez...

DIMA (Furioso.) ¡Déjame en paz!

DON LOLO. — ¡Qué quiere que haga?

DIMA. — Que tomen un martillo y rompan la tinaja.

DON LOLO. — ¡Qué dice? ¡Ahora que está arreglada!

DIMA. — ¡Entonces yo tengo que quedarme aquí dentro!

DON LOLO. — Primero veremos lo que se puede hacer...

DIMA. — ¡Qué quiere ver? ¡Quiero salir de aquí, por Dios!

LAS MUJERAS (A coro.) — ¡Tiene razón!... No se lo puede dejar ahí dentro! Si no hay otra forma de salir...

DON LOLO. — ¡Me van a enloquecer! (Como para sí mismo.) ¡Calma, calma! ¡Es increíble! ¡Tenía que ocurrirme a mí! (A NODRIARRO.) ¡Oye, muchacho! No, mejor tú, Felijo, corre hacia las moeras, encontrando al abogado, dile que venga en seguida. (FELIJO sube por el pequeño sendero de la derecha. DON LOLO se vuelve hacia el viejo DIMA, que se revuelca en la tinaja.) Quédate tranquilo. (A las otras.) Hagan que se quede quieto. Eso no es una tinaja, es una obra del Diablo. (De nuevo a DIMA que se revuelca en la tinaja.) ¡Que se quede quieto, le digo!

DIMA. — Si usted no quiere romperla, lo haré yo mismo, aunque me rompa el cráneo. La haré rodar hasta que se estrelle contra un árbol, ¿me oye? ¡Quiero salir!

DON LOLO. — Espere al abogado. El resolverá el problema. Mientras tanto, me reservo todos los derechos sobre la tinaja y comienzo por cumplir mis compromisos... (Saca de su bolsillo una vieja bilatera de cuero y tomando un billete dice): Todos ustedes son testigos, he aquí diez liras en pago de su trabajo...

DIMA. — ¡No quiero nada, sólo salir!

DON LOLO. — Saldrá cuando el abogado lo diga. Mientras lo esperamos yo le pago. (Levanta la mano con el billete y lo echa por la boca de la tinaja. Por el sendero de la derecha sube el abogado SCAKÍ riendo, acompañado por FELIJO.)

DON LOLO. — ¡Le parece que es cosa de risa? Como se ve que a usted no le va nada... Pero la tinaja es mía.

SCAKÍ (Que no puede dejar de reír en medio de la risa general.) — ¡Pero usted no preten... (cortada) pretenderá conservarlo ahí dentro, para no perder la tinaja?

DON LOLO. — ¡Es que además del daño voy a tener que tolerar la burla?

SCAKÍ. — Don Lolo, lo que usted pretende tiene un nombre legal: ¡se llama secuestro!

DON LOLO. — ¡Yo lo secuestro? El mismo se secuestró. ¡Yo qué culpa tengo? (A DIMA.) ¡Quién lo obligó a meterse ahí? ¡Salga!

Dima. — ¡Trate de hacerme salir, si es capaz!

Don Lolo. — ¡Yo no lo puse ahí dentro! Usted se metió. ¡Le ordeno que salga!

Scrán. — Señores, ¿me permiten hablar? (Pausa.) El caso presenta dos aspectos. Escuchen bien. Tenemos que pensarlo de acuerdo. (Dirigiéndose a Don Lolo, primero.) Por un lado, usted, Don Lolo, debe liberar inmediatamente al tío Dima. . .

Don Lolo. — ¿Cómo? ¿Rompiendo la tinaja?

Scrán (Volviéndose al viejo Dima.) — Y por otra parte, usted, Dima, debe responder por el perjuicio causado a Don Lolo, al entrar en esa tinaja sin averiguar si podría salir.

Dima. — Yo, señor abogado, no puse atención porque en toda una vida haciendo mi oficio siempre entro para poner las lañas invisibles y nunca me ocurrió el no poder salir. ¡Que se la agarre con el alfarero por hacerle una boca tan pequeña! Yo no tengo nada que ver.

Don Lolo. — ¡Y la joroba que tiene también se la hizo el alfarero? Si le hacemos un plomo al alfarero por la boca estrecha, apenas el juez vea su joroba se echará a reír y me condenará a las costas.

Dima. — Con joroba o sin ella, arreglé cientos de tinajas y siempre entré y salí como por la puerta de mi casa.

Scrán. — Esa no es una razón, tío Dima. Antes de entrar debió asegurarse de que podría salir.

Don Lolo. — Tendrá que pagarme la tinaja.

Dima. — ¿Qué dice?

Scrán. — Calma... calma... ¿Pagaría como nueva?

Don Lolo. — Naturalmente.

Scrán. — Pero estaba rota.

Dima. — Yo mismo tuve que arreglarla.

Don Lolo. — ¡Ah, pero la arregló! Entonces estaba como nueva. Pero si la rompo para que salga, ya no se podrá arreglar y habré perdido la tinaja para siempre, señor abogado.

Scrán. — ¡Pero déjeme hablar, hombre! ¡Estoy diciendo justamente eso!

Don Lolo. — Hable... hable... .

Scrán. — Estimado señor Dima: una de dos, o tu cemento sirve para algo o no sirve para nada.

Don Lolo (Muy contento, a todo.) — ¿Ustedes oyen?! ¡lo atrapé! Cuando él comienza así... .

Scrán. — Si su cemento no sirve para nada, usted es un fanfarrón cualquiera. Si sirve, la tinaja tal cual está conserva su precio. ¿Qué precio? Dígalo usted mismo. Haga de tasador.

Dima. — ¿Conmigo adentro? (Todos ríen.)

Scrán. — Nada de bromas... Tal cual está.

Dima. — Si don Lolo me hubiera dejado arreglarla como yo quería, no estaría metido aquí. Bastaba con pagarla desde afuera. En ese caso sí, la tinaja valdría casi lo que una nueva. Pero compuesta así, agujereada



tercera parte

¿dónde quieto!

arian a ser...

treinta liras

ir. Pagará el

iente.

aquí dentro.

fera y se lo  
pipa humean-  
as.)

¿quiere lire?  
a un recurso

ia.) — ¿Qué

y mejor que  
e en la tira-

Terminaron  
salir para no  
a romper la  
de domicilio?  
til para que

estoy acá por  
pagar, si lo

vas a salir?  
; Y eso que

ción hán el

bol... (En  
de rodillas,  
a. Vámanse

como un caballo... ¿Qué vale 'quatre que tenga? Apenas si la  
de lo que costó.

DON LOLO (Rápido.) — ¿Una tercera parte, dice?

SCARLÉ (A DON LOLO, haciéndole señas de callar.) — ¡QUÉ  
(A DIMA.) ¿Un tercio? ¿Es decir?...

DON LOLO. — La pagué cuatro onzas... Un tercio vea  
cientos treinta liras.

DIMA. — Y menos también, pero ni un centavo más.

SCARLÉ. — Bien, confiamos en su palabra. Tome ciento  
y dáselas a Don Lolo.

DIMA. — ¿Yo darle ciento treinta liras?

SCARLÉ. — Para que él rompa la tinaja y le permita sa-  
precio que usted mismo fijó.

DON LOLO (Complicado.) — Claro como agua de ver-

DIMA. — ¿Pagar... yo? ¿Qué locura! Prefiero pudrirme  
(A TARARA.) TARARA, busca mi pipa en la canasta.

TARARA (Obedeciendo.) — ¿Es ésta?

DIMA. — Gracias. Dame fuego. (TARARA prende un fo-  
cerca a la pipa.) ¡Gracias! Beso las manos a todos. (Con sa-  
te desaparece en el interior de la tinaja entre las risas de to-

DON LOLO (Abrazado.) — ¿Y ahora qué hacemos si me  
SCARLÉ (Se saca la cabeza riendo.) — En efecto, hab-  
para arreglar las cosas cuando quería salir... pero ahora...

DON LOLO (Furioso.) — ¿Yendo hacia la tinaja para hablar con Di-  
está tramando? ¿Fianza quedarse a vivir ahí dentro?

DIMA (Sacando la cabeza.) — ¡Veré. Por lo pronto est-  
en mi casa. Eso es fresco como el paraiso. (Se hunde de nuevo  
ja, de la que salen grandes bocanadas de humo.)

DON LOLO (Furioso, en medio de las risas de todos.) —  
de reír? Ustedes son testigos de que es él quien se niega a  
pagarme lo que me debe. Mientras que yo estoy dispuesto  
tinaja. (Al abogado.) ¿No puedo procesarlo por violación de

SCARLÉ. — No veo cómo. ¿Acaso puedo enviar al algu-  
lo desaloje?

DON LOLO. — ¿Por qué no? El me impide usar la tinaja

DIMA (Sacando la cabeza de nuevo.) — Se equivoca, no  
gusto. Hágame salir y me iré bailando. Pero en cuanto a  
pieno... (Vuelve a hundirse en la tinaja.)

DON LOLO (Sacudido la tinaja.) — Con que... ¿no

DIMA (Sacando la cabeza.) — ¿Qué me dice del cemento  
todavía no están puestas las láminas!...

DON LOLO. — ¡Ladrón... filibustero... estirado! ¿QUÉ  
zafarrancho, tú o yo? ¿Y todavía pretendes que te pague?

SCARLÉ (Llévase aparte.) — ¡Calma, calma, Don Lo-  
roz baja.) Déjelo ahí toda la noche y usted verá que mañana  
pedirá que lo saque. Entonces... sus ciento treinta liras o nada  
de aquí... déjelo (Se aleja con DON LOLO hacia la granja.)

DINA. *(Saliedo una vez más de la tinaja.)* — ¡Eh, don Lolo!...

SERRA. *(En voz baja a Don Lolo.)* — ¡No se dé vuelta!

DINA. — Buenas noches, patrón. Aquí tengo diez lirras. *(A las otras.)*

Festejaremos juntos, que peor estaba Jonás. Tú, Nociarillo, ve a lo de Mosca y compra vino, pan, pescado frito y salame; nos daremos un festín. *(Todos aplauden, mientras Nociarillo sale.)*

TOCOS JUNTOS. — ¡Viva el tío Dima! ¡Viva la fiesta!

FRASCO. — Con esta hermosa luna parece de día.

DINA. — Cantemos todos juntos. Tú, Fillico, toca la armónica, y ustedes bailen alrededor de la tinaja. *(FRASCO saca del bolsillo la armónica y se pone a tocar. Los demás cantan y gritan. Se toman por las manos y bailan en desorden alrededor de la tinaja.)*

DON LOLO *(Poco a poco, la puerta de la granja se abre y Don Lolo sale furioso.)* — ¡Por todos los diablos! Ustedes, ¿dónde se creen que están? ¿En la cantina? Tome, viejo brujo, y ojalá te rompas la nuca... *(Le aplica un formidable puntapié a la tinaja, que se va rodando por el sendero, en medio de los gritos de todos. Luego se oye el estruendo de la tinaja que se rompe contra un árbol.)*

MARCE TAMÁ *(Gritando.)* — ¡Ay! ¡Lo ha matado!

FRASCO *(Mirando con los demás.)* — ¡No, ahí está, sale de entre los pedruzos! Se pone de pie; parece que no se ha hecho daño. *(Las mujeres aplauden alegremente.)*

TOCOS JUNTOS. — ¡Viva el tío Dima! *(Lo toman y lo levantan en andas, llevándolo en triunfo hacia la izquierda.)*

DINA. *(Agitando los brazos.)* — ¡Le gané!... ¡Le gané!...

## T E L Ó N